

LA DICTADURA

DE

BALMACEDA

—♦♦♦—



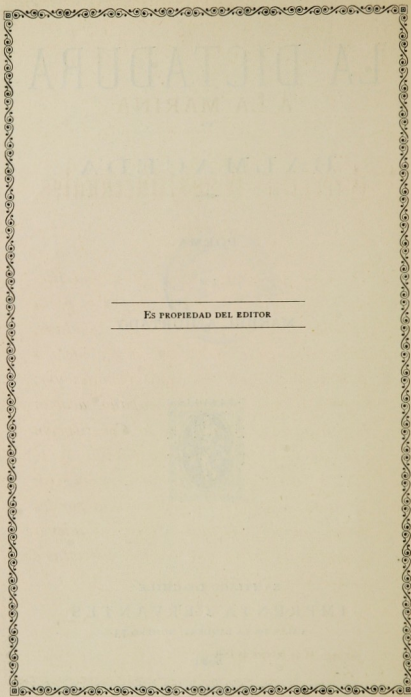
SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚMERO 73

—
1891

BIB 228889



ES PROPIEDAD DEL EDITOR

Á LA MARINA

Y

Ejército Constitucionales

Cedida al infrascrito la propiedad literaria de este poema por su autor, el poeta nacional señor don Manuel A. Hurtado, tengo la honra de publicarlo dedicándolo á la Marina y Ejército Constitucionales que, después de una brillante campaña, acaban de restaurar el imperio de la Constitución y las leyes en nuestra amada patria.

Este sincero homenaje de admiración será, sin duda, aceptado con benevolencia por los bravos soldados de mar y tierra á quienes se dirige, no menos que por sus patriotas é ilustrados jefes civiles y militares.

Emilio Pérez L.,
Editor

Santiago, 14 de octubre de 1891

LA
DICTADURA DE BALMACEA

POEMA

POR MANUEL A. HURTADO

I

Celeste Inspiración, lumbre del cielo
que iluminas los cantos del poeta,
y resplandeces, con sublime anhelo,
en pos del bien, á la virtud sujeta:

Celeste Inspiración, ven á mi frente
cargada con los ímpetus del trueno,
con los fragores del volcán hirviente
que un mar de lava arroja de su seno:

Ven con las iras del que noble espada
empuña vigoroso en el embate,
y que en auxilio de la patria amada
rinda la vida en el feral combate:

Celeste Inspiración, ven cual divino
eco de Dios, que en las alturas suena
al señalar al bueno su destino
ó cuando justo al réprobo condena:

Arde en mi corazón, sopla en mi mente
para que el mundo entusiasmado vea
cómo arrolló mi patria omnipotente
al cruel tirano que su historia afea.

II

Audaz, Patria mía, la frente elevabas
ceñida de lauros, de triunfos, de gloria;
tus himnos marciales al viento lanzabas,
feliz recordando tu bélica historia.

La brisa halagaba tus sienes hermosas,
velaba tus armas honor sacrosanto,
tus pasos seguías por sendas de rosas,
tendido á la espalda tu fúlgido manto.

Progreso anhelabas, progreso veías
surgir en tus pueblos, de bienes sonriente,
con fuerza gigante tu brazo movías,
tus ojos miraban un plácido oriente.

Seguro el destino, tu faz animosa
de lleno alumbraba con lámpara de oro,
y grata y constante, serena y hermosa
la paz te auguraba preciado tesoro.

Si ardía vehemente tu joven cabeza
orlabá tu seno labor incesante,
y llena de halagos y audaz gentileza
bebías el néctar del bien desbordante.

Mas ¡ay! que pasaron cual rápidos vientos
tus días poblados de nítido encanto,
y pronto sentiste los hondos tormentos
con ansias mortales y lóbrego espanto.

Mas ¡ay! ¡Patria mía! que luego, muy luego
en mar borrascoso se hundió tu destino,
y en ríos de sangre y en mares de fuego
trocado miraste tu hermoso camino.

III

¡Oh! ¡si! que en hora aciaga, nacido de tu seno,
se levantó un menguado con alma de Luzbel,
y al desbordar el cauce de su infernal veneno
ajó de tus grandezas las hojas de laurel.

En medio de lacayos y turbas ambiciosas,
osado y delincuente nombróse Dictador,
y en alas de su orgullo, con armas ominosas,
te hirió, Patria querida, con bárbaro rigor.

Las cárceles pobladas se miran de oprimidos
que ardientes defendieron la dulce libertad;
los ayes de los buenos asordan tus oídos,
y ves que se acrecienta tu cruel adversidad.

Con manos criminales ató bajo sus plantas
tus glorias, tus derechos, los timbres de tu honor,
y ruedan destrozadas tus leyes sacrosantas,
tu atmósfera se viste de fúnebre color.

El verbo inmaculado de fe republicana
en noches de tinieblas de triste oscuridad,
no muestra los albores de la feliz mañana
que puros en tu frente derramen claridad.

Sin dique en sus caprichos, la torpe Dictadura
esparce en tus altares la hiel de la traición;
la libertad perdida y afrentas y amargura
divisan tus miradas en densa confusión.

Los signos de la muerte descubre tu semblante
sin nadie que mitigue tu duelo matador,
y trémula sollozas de angustia agonizante,
y lágrimas te inundan de fuego abrasador.

IV

¡Oh Chile, patria mía!
que brille tu esperanza,
y el bien y la alegría
que al fin el libre alcanza
á tu inmortal espíritu
la paz harán volver.

¡El mal nunca es eterno!
De Dios, que el mundo anima
con su cariño tierno
desde la sacra cima,
en ti la luz benéfica
verás resplandecer.

Al empuñar la espada
tu diestra formidable,
la chusma destrozada
del monstruo inexorable
caerá á tus pies aligera
pidiéndote perdón;

y al extirpar valiente
la infanda Dictadura,
elearás la frente
radiante de hermosura,
desplegarás magnífico
tu noble pabellón.

Orlada de laureles
te adormeciste un día,
sin ver que los lebreles,
feroces, daga impía
en tu semblante diáfano
vendrían á clavar.

Tu sien han coronado
de bárbaras espinas,
y en tu alma han derramado
desolación y ruinas,
y sus intentos pérfidos
te hicieron zozobrar.

Tu enorme sufrimiento
apurán los traidores;
se mofan del lamento
que exhalan tus dolores,
y á tu clamor justísimo
indiferentes son.

Cambia tu mal profundo
en manantial de vida,
y muéstrate en el mundo
repueta de la herida
que la tormenta horrisona
abrió en tu corazón.

Lo grande y lo sublime
triunfan en el combate
de la virtud que gime

con la maldad que abate,
y brota de sus gérmenes
alborozado el bien.

Contempla que te ultraja
en su soberbia un hijo,
y mira que no ataja
su infame regocijo
al desgarrar estúpido
tu purpurina sien.

Levanta, sí, levanta
tu mano arrolladora,
y el orbe que se espanta,
sin brío al verte ahora,
con júbilo sin límites
aplausos te dará.

Lucir verás tu cielo
sin nubes vacilantes,
ni escuchará tu suelo
quejidos aterrantes;
tu majestuosa túnica
más bella esplenderá.

Estalle tu ardentía,
y América te vea
en un grandioso día
volar á la pelea
á sostener incólume
tu dignidad y honor.

Despierta, Patria amada,
y por la andina cumbre
que vierta la alborada
aquella hermosa lumbre
que trueque en iras bélicas
tu llanto y tu dolor.

V

Brille, ¡oh Patria! tu espada vengadora
y hiere sin piedad á los culpados,
que tus pueblos están esclavizados
tan sólo á voluntad de un Dictador.
¿Quién pondrá valladar á sus caprichos?
¿Quién calmará su encono de serpiente
si no estalla tu cólera imponente
y detiene su paso destructor?

¡Oh! Como el mar retumba contrariado
cuando lo azotan combatidos vientos,
eleva atronadores los acentos
con el sordo furor del huracán.
Con la rabia feroz de cien volcanes,
y con la altiva frente levantada,
á los buenos convoca á lid sagrada
y aquellos que te afrentan temblarán.

Al resonar guerreros atambores
ondee al viento tu feliz bandera,
y atruene las ciudades y la esfera
tu ardiente voz gritando ¡libertad!
La irradiación sublime de la gloria
tu faz alumbre con hermoso brillo;
descarga en los malvados el cuchillo
y no encuentren sus crímenes piedad.

No te asuste el rumor de la marea
que hierve de la infanda Dictadura;
no detengas el brazo ante la impura
caterva que sostiene la traición.
Caigan como los réprobos que gimen
de Satanás en la mansión horrenda;
será espantosa la feral contienda,
pero también será tu salvación.

Morirán como muere el renegado
maldiciendo el horror de su destino;
rodarán en confuso torbellino
con el estigma de vergüenza en pos.
¿Qué importa que levante por doquiera
ejércitos de siervos el tirano,
si vendidos al oro, en vano, en vano
implorarán la protección de Dios?

Riego será de lluvia bendecida
la sangre que se vierta en la pelea,

riego que apagará la inicua tea
que en tu suelo alumbró la corrupción;
y cuando brille en tu vengada frente
de libertad la inmensa llamarada
no vendrá á profanar la turba airada
con manos fraticidas tu pendón.

Infecta muchedumbre de reptiles
marcha iracunda á la sangrienta arena,
y el ambiente con su hálito envenena
siempre brutal, devastadora y vil:
por la ambición corrupta dirigida
te rompe las entrañas con su daga,
te roba tus riquezas y te amaga
cada vez más estúpida y servil.

¿Y á dónde va cual lava abrasadora?
¿Qué vértigo sin fin sus pasos guía?
¿A dónde va aumentando la osadía,
cargada de ludibrio y de baldón?
¿Dónde acaba el horror de tanto crimen
con que su aleve corazón inflama?
¡Conjunto de miseria! ¡enorme llama
del odio del infierno en explosión!

¿A dónde va como la inmensa tromba
que forma el viento en los convulsos mares,
víctimas hacinando en sus altares,
sin conciencia, sin Dios y sin honor?

¿á dónde va como la hambrienta hiena
que salta tras la presa enfurecida?
¿á dónde va esa chusma embrutecida
que el oro empuja con vivaz ardor?

¿Á dónde va...? ¡Quién sabe si el destino
en tu suelo la impulsa desbordada
para curar la lepra envenenada
que te agangrena ¡oh Patria! el corazón!
¡Perdida la honradez, gimes inerte
en el rudo combate de la vida,
y te ves humillada, envilecida,
y cobarde, implorando compasión!

Para lidiar no es tarde ¡Patria mía!
Levanta el brazo con vigor tremendo;
¡como el rayo veloz, de furia hirviendo
estalla y pulveriza al opresor!
¡El desvarío atroz de los malvados
al abismo sin fondo te avecina!
¡Alza la frente, impávida camina
y relumbre tu acero vengador!

VI

Un pueblo no perece cuando cae
en su robusta espalda

el látigo acerado
por mano fratricida levantado,
si con ardor combate
por restaurar la libertad perdida,
y se baña en las fuentes de la vida
coronada de flores,
que aroman el civismo
y exaltan el sagrado patriotismo
de la impetuosa juventud ardiente
y de grandes y nobles ciudadanos
que juran odio eterno á los tiranos.

Cuando retumba en la campana eterna
el vibrador acento
que anuncia á las naciones,
con amargo y fatídico lamento,
sangrientas convulsiones,
porque un día la frente desolada
ávidas revolcaron
en el lodo del mundo,
y sintieron el alma devorada
por la ambición de crímenes poblada;
y sin atajo, por el ancho valle
de la maldad, sin freno caminaron,
y las tranquilas aguas enturbiaron,
hasta cambiar en cieno
el manantial purísimo y ameno
do irradió la virtud lumbre divina,
y reflejó la esfera peregrina

su resplandor de soles;
entonces el potente
espíritu latente,
que en los orbes impera
con soberano aliento,
derrama por doquiera
dolor que regenera,
y sirve á los mortales de escarmiento;
pero después de bravas tempestades
y recia sacudida
la luz del bien más pura reverbera
y el alma, de placer estremecida,
más grata siente palpar la vida.

Tiene cada nación en sus anales
oscuras noches de terribles males,
y horas de angustia, en que siniestra lava
del volcán de los vicios desprendida
se desborda á raudales
en tremenda erupción y sin medida,
y aridece la prez y los blasones
de las altas acciones.
Se oye el crujir de bárbara cadena
con que oprime insolente tiranía,
y torpe carcajada de alegría
estrepitosa y báquica resuena,
lanzada por el crimen arrogante
en aquella voráGINE impaciente
de corrupción, discordias y codicia,

que avanza dominante,
arrollando vehemente
á la excelsa moral y á la justicia;
y, de abismo en abismo,
incontrastable todo lo desquicia,
y dondequiera que á mirar se advierte
se encuentra sólo destrucción y muerte.
Pero también del medio del estrago
y de ruinas que espantan,
los héroes de la guerra se levantan,
y al desnudar el refulgente acero
la maldad anonadan y el delito,
de libertad al sacrosanto grito.

Después de los horrores
de la civil contienda
no sollozan los pueblos ni perecen;
olvidan sus rencores,
y, como brilla el azulado cielo,
extinguido el furor de la tormenta,
así también sin nubes resplandecen.
El arte encumbra el vuelo
y las ciencias florecen,
y en raudales de dulce poesía,
á la verdad sujeta,
sonríe la ilusión, canta el poeta.
En ráfagas de luz y de alegría
renace el orden, cada acento es himno
que vibra soberano;

y al rumor de la célica armonía
se expande y crea el pensamiento humano.
El progreso camina
en pos de los sublimes ideales,
y al obtener los triunfos inmortales
nace y alumbrá cada nueva aurora
más bella, más feliz y encantadora;
y resuena el espléndido concierto
del trabajo incesante
que al hombre lleva en barca voladora
al de la redención hermoso puerto.

Los pueblos que sustentan ardorosa
en sus venas la sangre de titanes,
no mueren al bramar los huracanes
que en pavoroso y cruento remolino
sobre ellos lanza el hórrido destino.
Pueden la corrupción y la discordia
en sus entrañas enconar la herida,
donde solloza la virtud en vano
por la maldad y el crimen oprimida;
puede el hervor de la miseria humana,
avivado en la ciénaga del vicio,
arrojarlos en hondo precipicio;
pueden lanzar el estridor de muerte
y caer arrollados por la suerte
un momento impotentes, maniatados
por la coyunda atroz de los malvados,
¡pero jamás morir! Puede la mofa

y el anhelo procaz y sanguinario
de la traición insana
prolongar su calvario
y desgarrar su frente soberana;
puede el desorden, ebrio de venganza
acometer y herir enardecido,
más insolente cuanto más alcanza;
ora llevado por la vil codicia
que levanta el puñal de la injusticia
con ímpetu feroz y embrutecido,
y sirviendo de antorcha
á su anhelar salvaje
la hoguera, el exterminio y el pillaje;
puede... ¡mas, nó! en la fuente cristalina
del santo patriotismo
incontrastable ardor beben los buenos,
y encienden los viriles corazones,
cambiados en leones,
para extirpar el bajo servilismo,
que amedrentado y con el paso incierto
huye, de infamia y de pavor cubierto.

VII

¿Qué luz relampaguea
¡oh Chile! por tus mares

que inunda los espacios
de nítido esplendor?
¿Qué voz estrepitosa,
qué bélicos cantares
se escuchan por doquiera
de inextinguible ardor?

¡Oh Patria! son tus fieles
y bravos campeones,
que empuñan los aceros
con furia colosal;
tus hijos vigorosos
que adoran tus blasones,
marinos esforzados
de empuje sin rival.

Son ellos, los marinos
los astros de tu historia
que por tu bien anhelan
intrépidos lidiar;
son ellos, que los timbres
defienden de tu gloria,
y tu pendón desplegan
en la anchurosa mar.

Marte les dió su brío,
la libertad su espada
para lavar tu afrenta,
para salvar tu honor;

para mostrar al mundo
tu frente depurada
de males que en ti vierte
audaz el opresor.

¡Mirad cómo se yerguen
hirviendo de coraje
al ver que la canalla
te cubre de baldón,
y en horda convertida,
con ímpetu salvaje
destroza y envenena
tu bello corazón!

¡Mirad cómo desnudan
la espada vengadora!
¡miradlos cómo brillan
de júbilo marcial!
Del pérfido tirano
que tu beldad desdora
domar quieren tremendos
la saña criminal.

Y fué Montt el primero
que ardiendo de civismo,
al empuñar las armas
tu redención juró.
Su espíritu esforzado
es todo patriotismo

su arrojó giganteo
temor no conoció.

De Prat tiene el coraje,
de O'Higgins la entereza;
y de ambos la osadía
y de ambos el vigor.
Tu llanto, dulce Patria,
enciende su altiveza,
y corre con los suyos
al campo del honor.

Mañana, cuando alumbre
á Chile con su gloria,
y del tirano humille
la audacia criminal,
entonces ¡ay! entonces
la voz de la victoria
repetirá mil veces
que Montt es inmortal.

¡La lid será terrible
con la caterva impura!
¿qué importa? con su ruina
el bien renacerá.
Allá en la andina cumbre,
orlada de hermosura,
el sol de la victoria
su frente mostrará.

Escándalo del orbe,
borrón de tus anales,
¡oh Chile! te subyuga
un déspota traidor.
Renueva del pasado
tus hechos inmortales;
defiende, Patria mía,
tus leyes y tu honor.

¡Impávidos marinos,
soldados ciudadanos
y juventud ardiente,
corred á batallar!
¡El arma vengadora
que brille en vuestras manos!
¡al Cóndor oprimido
corred á libertar!

VIII

¡Oh! ya vuelan tus naves, Patria mía,
á defender tu libertad sagrada,
y con vigor tremendo y gallardía
de los viles traidores la osadía
arrollarán en la feral jornada.

Avanzan por el mar, y centellea
el fuego del valor en sus legiones;
la hermosa tricolor al viento ondea
jamás vencida en la tenaz pelea
al lidiar por la prez de sus blasones.

¡Avanzan por el mar! Los alaridos
que prolongas ¡oh Patria mancillada!
de tus bravos atruenan los oídos,
por la brisa doliente repetidos
y por la voz de fuerte marejada.

¡Avanzan por el mar! En las corrientes
parece que se escuchan los rumores
de las hordas que braman impacientes,
del abismo rodando en las pendientes,
de crímenes cargadas y de horrores.

¡Avanzan por el mar! A Iquique mira
ya el ojo de los ínclitos marinos
y ve indignado que en el aire gira
la librea del déspota que aspira
á envenenar ¡oh Patria! tus destinos.

¡Cómo brilla en las naves la bravura
de la hueste invencible y redentora,
al divisar á la caterva impura
que prepara en su vértigo y locura
el arma fratricida y destructora!

¡Acometed, acometed briosos,
los de espíritu fuerte y pecho honrado,
que á las lides volasteis ardorosos
al escuchar los ecos dolorosos
del pueblo que solloza encadenado!

¡Blandid, blandid vuestra tajante espada
en la cruenta batalla enardecida;
y al caer á torrentes derramada
la sangre de la chusma degradada
el canto alzad de libertad y vida!

Vano será el esfuerzo en los malvados
que de infamias el carro desbordante
impulsan con afán desesperados.
¡El triunfo es vuestro, indómitos soldados!
¡Dios está con vosotros! ¡Adelante!

¡Acometed, acometed! Ya brilla
la luz de la victoria en vuestra frente;
y tiembla ya la estúpida cuadrilla
que de cerca descubre la cuchilla
que ha de verter su sangre delincuente.

IX

Quisiera que brillaran en mi cerebro ardiente
ideas numerosas de inmensa inspiración,
para cantar las iras de aquella heroica gente
que atravesó los mares buscando redención.

Del fuego que abrasaba sus corazones grandes,
¡quién me diera una chispa tan sólo arrebatara,
para que eternos fueran, cual los nevados Andes,
los rasgos de mi lira sus hechos al nombrar!

Los gritos asordantes en el undoso oceano
se oían como truenos en tempestad veloz,
y luego resonaban por el extenso llano
los ecos prepotentes de la guerrera voz.

«¡Corred, llegad, decían, lidiemos como buenos!
¡corred, llegad, hermanos, la patria á redimir!
¡Llegad los que sois dignos del nombre de chilenos,
de aquellos que no pueden sin libertad vivir!

«¡Uníos á nosotros, seguid nuestro partido,
los que tengáis un alma que conoció el honor!
¡Mostremos ante el mundo que Chile no ha perdido
su indómita altiveza ni su tenaz vigor!

«El sol en mil pedazos del cielo se desprenda,
revienten los volcanes con furia colosal;
y el universo todo que nuestro ardor encienda,
para vencer lidiando con ímpetu feral.

«Maldita sea el arma que ociosa permanezca
delante de las hordas del pérfido traidor;
que el orbe que nos mira de espanto se estremezca
al ver de nuestros brazos el bélico furor.

«¡Venid, llegad, valientes guerreros ciudadanos!
¡la espada de los libres con júbilo esgrimid!
¡Que mueran, sí, que mueran los míseros villanos!
¡La patria está en peligro: corred, llegad, venid!»

X

Al ronco estruendo de las firmes huestes
que al déspota movían cruda guerra,
los soldados brotaban de la tierra
de Chile á sostener el pabellón;
y volaban, volaban á millares
á los gloriosos campos de la muerte,
de la patria entregados á la suerte,
viril el brazo, entero el corazón.

Y en medio del tropel indescriptible
empuñando la espada vengadora,
la cohorte de Chile redentora
así á las turbas del tirano habló:
«¡Recobrad la razón! ¡abrid los ojos!
¡suspended el acero fratricida!
¿Qué os ha hecho esta patria tan querida
do la grandeza secular brilló?

«¿Qué satánico numen os impulsa
á demoler los firmes pedestales
do se ostentan las glorias inmortales
que abroqueló la hermosa libertad?
¿Qué pudo concentrar en vuestras almas
todo el veneno del linaje humano?
¡Oh! ¡fué el odio maldito del tirano!
¡fué su orgullo brutal, fué su ruindad!

«En la inicua explosión de su locura
piensa triunfar el Dictador infando,
y enciende la codicia de su bando
con las iras sangrientas del chacal.
La perfidia que hierve en sus entrañas
y su ambición sin dique ni decoro
añanzar quiere derramando el oro
que extrae del erario nacional.

«¡No os engañéis, no os engañéis, soldados,
y pensad, y pensad sólo un momento

en que sois del malvado el instrumento
con que á la patria intenta asesinar!
¡Llegad, llegad, uníos á nosotros!
¡derroquemos la torpe Dictadura!
no cubráis de ignominia y de amargura
de vuestros hijos el sagrado hogar!

«Juntos marchamos en grandiosos días
á defender la tricolor bandera,
y juntos combatimos la extranjera
hueste, que avasallarnos pretendió.
Juntos juramos, de la patria en aras,
salvar su honor con entusiasmo ardiente;
juntos miramos que su erguida frente
la gloria con sus rayos alumbró.

«Unido nuestro brazo en cien batallas,
cual la roca que el viento desafía,
el lustre de la patria sostenía
incontrastable y siempre vencedor;
y junta nuestra sangre, hecha torrentes,
correr ha visto el suelo americano
por admirar de Chile soberano
brillar sin mancha el respetado honor.

«Unidas nuestras voces repitieron
de la patria los cantos inmortales,
henchidos de alborozos fraternales,
la gloria haciendo el bienestar surgir.

De Chile juntos irradiar miramos
el timbre de las ínclitas acciones,
y el poder no temió de otras naciones,
ornando de esperanza el porvenir.

«Y ahora ¡santo cielo! del perjuero
sois el sostén y el único baluarte,
y cambiáis en librea el estandarte
que la patria confió á vuestro valor.
¡Mirad, mirad á Chile ensangrentado!
¡Negro crespón enluta sus altares,
llanto y desolación en sus hogares,
aherrojado en la cima del dolor!

«¡Suspended vuestras armas! Que no sean
perdidos ¡ay! nuestro civismo santo,
nuestra hidalguía y sacrificio tanto
y nuestra prodigiosa heroicidad.
¡Hoy somos el ludibrio de la tierra:
nuestra Constitución hecha pedazos,
rotos de nuestra unión los fuertes lazos,
violada nuestra dulce libertad!

«¡No ciegos caminéis! ¡Abrid los ojos!
¡Juntos volemós á mostrar al mundo
que la infamia de un déspota iracundo
indignados supimos castigar!
¡Uníos á nosotros! ¡Sois chilenos!
¡A la nuestra se estreche vuestra mano,

y veremos á Chile, del tirano
el polvo de los huesos aventar!..

Así hablaron las huestes de la Escuadra,
del civismo abrasadas en el fuego,
y estéril fué el clamor y vano el ruego.
¡Oh! ¡siempre sorda fué la perversión!
¡Caiga sobre el malvado y sus parciales
la sangre que se vierta en las batallas
y escuchen, con la voz de las metralas,
de la patria la justa maldición!

XI

¡Oh! Ya las naves en Iquique lanzan
en línea de combate sus guerreros,
y á las hordas contrarias se abalanzan
la gloria deslumbrando en sus aceros:
ansiosos de vencer el paso avanzan
aterrantes, impávidos y fieros,
y el clamor de la patria moribunda
sus nobles pechos de vigor inunda.

Truena el cañón con pavoroso estruendo
y se traba espantosa la pelea;
las hordas del traidor, de rabia hirviendo

el genio destructor agujijonea;
y sin piedad sus víctimas haciendo
en sus filas la muerte se recrea,
mientras que á los marinos Dios ayuda
y el manto de la patria los escuda.

Canto y Holley, insignes campeones,
en medio del peligro resplandecen
con ímpetu gigante, cual leones
que espantables matando se embravecen:
avivan el ardor de sus legiones,
y al golpe de sus armas se estremecen
los sitios donde arrecia la contienda
cada vez más tenaz y más horrenda.

Corre la sangre, cual veloz torrente,
enrojeciendo el campo de batalla,
y retumba y asorda prepotente
el eco aterrador de la metralla.
Como tormenta, que en furor creciendo
brama en los aires y en el mar estalla,
tal aumenta y aumenta estrepitoso
el combate sin tregua y vigoroso.

¡Estéril batallar! La muchedumbre
amaina ya del Dictador infando,
y de la gloria la inmortal vislumbre
en las naves su albor va derramando;

y resuena una voz de cumbre en cumbre
que el triunfo de la patria va anunciando,
y en el campo de muerte y exterminio
la libertad alcanza su dominio.

¡Oh! la perfidia y la traición armadas
no pueden resistir el rudo embate,
y las hordas que aullan destrozadas
se refuerzan y vuelven al combate
con ahinco mayor y más airadas;
pero el alma de Chile no se abate
y en las naves retumban los cañones
y el ardor se redobla en sus legiones.

Furibundas blandían los aceros
nuevas chusmas, con bárbara pujanza,
mientras que de la patria los guerreros
en Pozo Almonte siguen la matanza.
Con rabia de Caín, más altaneros
excitan los lacayos la venganza,
y cien veces el lampo de la gloria
alumbró de las naves la victoria.

En el ensangrentado campamento
el terror de las hordas se apodera,
y cambian en espanto el ardimiento;
zumban sus alaridos por la esfera,
y temblando se ocultan sin aliento

como en el bosque perseguida fiera,
ó ya previendo desastrosa suerte
se rinden antes de encontrar la muerte.

Luego imploran perdón, con mustias frentes
de la piedad del vencedor seguros;
ellos que batallaron delincuentes
por vil codicia y al honor perjuros;
ellos, los foragidos insolentes,
del tirano traidor siervos impuros;
ellos, los que á la patria esclavizaron,
perdón pidieron y perdón hallaron.

Nunca guarda en su pecho la hidalguía
del odio atroz el infernal veneno;
la ruin venganza y negra felonía
tan sólo agitan del malvado el seno;
y es todo honor y todo bazarria
quien por la patria lidia como bueno,
y por eso en Iquique á los traidores
perdonaron los nobles vencedores.

XII

¡Salve, cohortes de la patria mía,
que defendéis su gloria!

¡Do mostráis vuestro arrojo y valentía
las palmas obtenéis de la victoria!

Nada puede en las lides, del tirano
la turba embrutecida,
cuando brilla el acero en vuestra mano
para salvar la libertad querida.

El momento fatal de su castigo
se acerca presuroso;
ya la ciudad de Iquique fué testigo
de vuestro ardor entero y vigoroso.

Nada vale la prez de tanta gloria
en el Norte alcanzada
si no halláis en Santiago la victoria
contra la plebe del tirano alzada.

¡Qué! ¿No miráis la patria que agoniza,
volcados sus altares,
el flagelo bestial que martiriza
y el ultraje sin fin de los hogares?

Si Chile ha de morir, muera luchando
envuelto en los jirones
de su bandera, sangre derramando;
¡pero venid, volad, firmes legiones!

¡Volad, venid y con robustos brazos
y furia gigantea
en Santiago atacad y haced pedazos
del tirano la estúpida librea!

Truene el cañón donde el traidor habita,
y do la voz escucha
de baja adulación, torpe y maldita,
vea el estrago de violenta lucha.

El estertor de muerte sus oídos
asorde estrepitoso,
y mire de la lid, despavoridos
huir sus siervos en tropel odioso.

Que se estremezca de temor su pecho
con el alma afligida,
y que contemple su poder deshecho
sin esperanzas de librar la vida.

Que el estruendoso acento oiga con saña
de la Escuadra triunfante,
y el himno que endiose a la alta hazaña
del vencedor de júbilo radiante.

De la patria el ejército desfile
ante su vista aciaga,
y con el fiero yatagán de Chile
mire el verdugo que su cuello amaga.

¿Y qué os detiene ya? ¡volad, guerreros,
y en alas de la gloria
desnudad en Santiago los aceros
y será vuestra la final victoria!

XIII

¡Balmaceda, que miren tus ojos!
¡Balmaceda, levanta la frente!
no te ciegue el orgullo insolente,
no te ofusquen los genios del mal.
Por tu culpa los hijos de Chile
se destrozan en choques sangrientos,
cada vez, cada vez más violentos,
cada vez con más furia mortal.

¿No te espanta el martirio sin nombre
de las víctimas que hace tu bando?
¿no divisas el crimen nefando
de tus hordas sin ley y sin Dios?
Los que besan tus pies y te adulan,
los que viven contigo en el cieno
son verdugos del pueblo chileno
que de infamias caminan en pos.

Mira y ve cómo sacian indignos
tus lacayos la sed de venganza;

mira y ve cómo avanza y avanza
en sus pechos la sorda ambición.
¡Si alguien pide la paz y concordia,
mira y ve cuán falaces se irritan!
¡Cómo encienden el odio y se agitan
de la patria aumentando el baldón!

¡Oh! detente, opresor alevoso
de este pueblo tan noble y valiente,
y depón el encono demente,
y tus faltas menores serán.
¿Que no sientes tronar en el Norte
de la Escuadra los ecos triunfales?
¿que no ves afilar los puñales
que en tu pecho feroz se hundirán?

¡Ah! ¿qué aguardas? mirar á Santiago
convertido en feral campamento,
y al trabarse el combate violento
ver la sangre en sus calles hervir;
y en sus ruinas oír el gemido
de la madre y del niño inocente,
y gozar en sus ayes, sonriente
al mirarlos, salvaje, morir.

¡Sí! ¡detente, detente! tus hordas
se preparan al bárbaro ultraje,
y, sedientas de lodo y pillaje,
en ti mismo la garra hincarán.

¡Sí! ¡detente, execrable tirano!
piensa y ve que al calor de la hoguera
que levanta tu chusma altanera
tus delitos sanción hallarán.

¡Aun es tiempo! ¡la patria te implora
con su espada terrible en la mano!
¡aun es tiempo! detente, inhumano,
no vaciles, abdica el poder!
A tu vista, de un pueblo invencible
¿consumado será el sacrificio,
y lo harás caminar al suplicio
porque sabe su honor sostener?

¿Que no escuchas tronar pavorosa
en la noche una voz indignada
que tu sien estremece en tu almohada,
infundiendo en tu pecho terror?
Es la voz de O'Higgins el grande
que, dejando el eterno reposo,
te repite con eco ardoroso
al oído y con ciego furor:

«¡Nó! no esperes, traidor insensato,
que tu audacia prosiga adelante,
que mi sombra á la Escuadra triunfante
mayor brío y pujanza dará.
Con la espada de aquellos valientes
que defienden mi patria querida,

¡sí! mi espada de sangre teñida
invencible también se unirá.

«¿Por qué ultrajas mi suelo adorado?
¿quién has sido en mi patria, oh perjuro?
¡un reptil ambicioso y oscuro
que al poder exaltó la maldad!
Corromper las entrañas de Chile
son, aleve, tus grandes acciones,
y por hordas cambiar sus legiones,
y en sus pechos cebar la ruindad.

«Libertad dí á mi patria sagrada
con mi sangre en las lides vertida,
y tú ahora, cobarde homicida,
la encadenas con mano brutal.
¡Que te inspire el deber y el civismo
y dimite el poder, á mi ejemplo!
¡ese arranque me alzó al sacro templo
donde brilla la gloria inmortal!

«¡Siendo joven, mi patria dió muerte
al león de la España doquiera!
¿cómo intentas pisar su bandera
hoy que tiene más fuerza y edad?
Con mi daga, en la frente de Chile
y en el alma también esculpido
dejé un tiempo este lema querido:
¡Libertad, libertad, libertad!

«¿No los ves? ¿no los ves? son los hijos
de mis huestes que á Chile salvaron
los que ahora en Iquique arrollaron
de tus hordas el loco furor.
Aun es tiempo ¡detente! aun es tiempo;
ya de Canto la gloria refleja,
y la suerte cansada te deja
de la Escuadra entregado al rigor.

«Cuando miras de cerca el castigo
que merece tu crimen infando
¿por qué esperas? abdica ese mando,
y en mi patria termine el baldón.
¿Quién podrá contener los rencores
de la hueste contigo indignada,
cuando triunfe en Santiago esforzada
y tremole el glorioso pendón?

«¿Qué? ¿no acatas mis voces, infame?
¡en mi patria tal vez no has nacido
ó algún genio de Dios maldecido
con la hiel de Caín te nutrió!
¡Sús! ¡legiones y bravos marinos!
¡atacad, atacad al malvado,
y mi espada estará á vuestro lado
sosteniendo el honor que os legó!»

XIV

¡Oh! ¡todo es inútil,
feroz criminal!
te ciega el orgullo
sin ley ni decoro,
y siervos te animan
robándose el oro
con ansia infernal.

¡Pues bien, tú lo quieres,
perjuro traidor!
que vengan las naves
con fuertes legiones;
que brillen las armas
y rueden cañones
con ronco fragor.

Las balas matando
que silben doquier;
rechinen cureñas,
el bronce retumbe,
que goce la muerte
y airada que zumbe
con fiero poder.

Atruenes espantoso
el ruido marcial,
y asorden los ayes,
los gritos guerreros,
y aticen y enciendan
tajantes aceros
el odio feral.

Que robe la plebe
sin freno y sin Dios,
y al ver el estrago,
con júbilo eterno,
que ríen bandidos
y ruja el infierno
de horrores en pos.

Se trueque Santiago
de sangre en un mar,
y quede tu chusma
allí sumergida
de cólera hirviendo,
y nadie la vida
que pueda salvar.

Las casas, las calles
semejen volcán,
y en medio de ruinas
que todo perezca
en llamas envuelto,

y el humo parezca
violento huracán.

La voz de la patria
resuena sin fin,
y mire á los suyos
que heroicos pelean;
y en lagos de fuego
las hordas que vean
arder su botín.

La música vibre,
redoble el tambor,
y en esta matanza
que rasguen los vientos
confusos clamores,
chirridos, lamentos
con lúgubre horror.

¡Que muera, que muera
la turba servil,
y logre la Escuadra
mostrar victoriosa,
en esta hecatombe,
su espada gloriosa
mil veces y mil!

Blandiendo en las lides
puñal vengador

¡no importa que todos
rindamos la vida
si salva, si salva
la patria querida
sus fueros y honor!

XV

Con sangre están regadas las páginas más bellas
que cuenta en sus anales la pobre humanidad,
y en medio de la muerte y horriblicas centellas
grabaron en el mundo sus espantables huellas
los monstruos que engrillaron la hermosa libertad.

En brazos de las fuerzas los déspotas caminan
hundiendo á los mortales en triste esclavitud,
y rayos de exterminio sus impetus fulminan,
y al insondable abismo sus pasos avvicinan
cavando de los pueblos el mísero ataúd.

De Dios cual mensajera, la libertad sublime
enciende en los espíritus el fuego del valor,
y, cuando más odiosa la tiranía oprime,
el arma vengadora de la justicia esgrime
y triunfa, y majestuosa derrama su fulgor.

La libertad es vida que impulsa á las naciones,
el ángel pudibundo de luz y redención;
deidad que hermosa irradia la prez de sus blasones,
que inspira entusiasmada magníficas acciones
y alegra con su encanto del hombre el corazón.

En sus divinas aras, de grandes ciudadanos
los hechos inmortales se ven resplandecer,
y abate y aniquila, con sus potentes manos,
la frente maldecida de imbéciles tiranos
que avasallar intentan su incólume poder.

Audaz surge y sonrío, se agita y se engrandece
en su fecundo seno la esencia del honor;
la paz de las naciones con su hálito embellece,
alumbra en las edades con luz que no perece
y en hombros de la gloria fulgura su esplendor.

De altísima esperanza los dones atesora
y embriaga y enloquece la mente del mortal;
de la opresión del mundo Sibila redentora,
de lágrimas y angustias feliz consoladora,
de cívico entusiasmo gigante pedestal.

Esparcen sus destellos en el linaje humano
los bienes inefables en rica profusión;
y es tea que ilumina con brillo soberano,

beldad á quien el hombre jamás implora en vano,
del alma patriotismo magnética atracción.

Allá, en la vieja Europa, que la barbarie un día
con sus nefarias manos sus pies encadenó,
al ruido de combates y siglos de agonía,
sus brilladoras alas tendió con valentía,
las orlas de su manto de triunfos coronó.

Y en este suelo hermoso de luz republicana
debido á la grandeza del genio de Colón,
la libertad ostenta su frente soberana,
aun frescas las jornadas de su infeliz mañana
de llantos y de horrores, de muerte y destrucción.

En Chile, do ha corrido la sangre como mares,
en este heroico Chile, de América confín,
la libertad contempla sus hijos á millares
volar al són ardiente de bélicos cantares
á las tremendas lides á batallar sin fin.

¿Por qué, por qué á este pueblo de glorias esplendente,
la libertad divisa bramando de furor?

¿Por qué, por qué levanta su espada refulgente?...

¡Silencio, que en Santiago, soberbio y delincuente
el déspota resiste sin valla en su rencor!

XVI

Ya se escuchan de cerca los rumores
de la Escuadra que surca procelosa
las ondas de la mar. En ella vienen
de la patria los bravos defensores
que su gloria sostienen.
Brillo ofuscante lanzan los aceros
de los nobles guerreros
que del tirano el exterminio juran,
y los aires agitan la bandera
que los pueblos del Norte contemplaron
entre el humo, el escombros y las metrallas
victoriosa flotar en las batallas.

La alma virtud y el heroísmo santo
encienden más y más los corazones
de las firmes legiones
que vuelan en las naves
para morir lidiando, ó de la patria
arrancar la espantosa tiranía,
que soberbia porfía
por afianzar su imperio abominable,
cada vez más terrible y alevosa,
cada vez más inicua y afrentosa.

En Caldera la luz de la esperanza
de la justa venganza
esparce ya purísimos albores,
y resuenan los cantos de alegría,
que preludian los buenos
de la patria ardorosos redentores,
que han de salvarla de monstruosa ruina,
y han de lavar el indecible ultraje
que prodiga en su frente
la Dictadura imbécil y salvaje. . .
Mas. . . ¡oh traición! ¡oh crimen alevoso! . . .
¡El *Blanco*, el *Blanco*, símbolo de gloria
de la chilena historia
hundido fué en el mar! Los execrables
siervos odiosos del feroz malvado,
con el poder alzado,
consumaron ¡ay Dios! aquel delito
que vivirá en el mundo eternamente
como padrón de fratricida saña
y con el llanto nacional escrito.

Jamás ardió en el corazón del hombre
ira más santa, más violenta y grave
que la que ardió en las huestes de la patria
al ver perdida la gloriosa nave.
¡Cómo latían sus heroicos pechos
en volcanes deshechos
de fuego abrasador! ¡Cómo lanzaron

el grito de venganza,
y fieros renovaron
el noble juramento
de vencer ó morir! El firmamento
de horror se estremeció, mientras sus voces
uniéndose al clamor enardecido
del líquido elemento
así atronaban la región del viento:
"¡Venid, venid, alevés
secuaces del tirano,
y hundid y hundid en el profundo oceano
las naves todas de la patria hermosa!
¡Tal vez lo consigáis! tal vez nosotros
también caeremos en la atroz pelea,
y lograréis quizá como señores
dominar un momento en nuestras tumbas;
pero nunca esperéis, ruines traidores,
que tanta iniquidad impune quede,
ni perpetuar vuestra fatal librea.
Para vengarnos brotarán millares
de esforzados y fieros combatientes,
que á su vez jurarán vuestro exterminio
de la patria en los nítidos altares,
y vencerán al fin, porque en el mundo
eternamente la maldad no impera,
ni el vil ultraje en las naciones dura
si hay en los hijos que su honor defienden
virtud, constancia, abnegación, bravura."
¡Tal dijeron, bramando enfierecidos,

y tras las hordas del tirano siguen
de sublime furor estremecidos!

XVII

Abismos insondables de la maldad humana
de crímenes cubiertos, de lodo y de rencores,
vosotros sois el germen del cúmulo de horrores
que el alma generosa no alcanza á comprender.
En mares turbulentos de corrupción inmensa
y en locos incentivos que agitan vuestro seno
los déspotas se inspiran y arrojan el veneno
que van á vuestras charcas impuras á beber.

En hojas execradas del libro de la vida
al mundo vais mostrando los pérfidos puñales,
que, en horas maldecidas y en torpes bacanales,
el pecho de los hombres destrozan sin piedad.
Generaciones pasan, los siglos se atropellan,
y en ráfagas de fuego, de sangre y de exterminio
sentáis, incontrastables, sentáis vuestro dominio
en pueblos y naciones, sin término ni edad.

Lanzáis, inexorables, con la virtud en guerra,
la hiel emponzoñada, los odios y los males
que, en remolino eterno de enconos infernales,
en la mansión de espanto fermenta Satanás.

Gozando con la muerte y horribles agonías,
del Gólgota en la cima, vuestro ímpetu iracundo
vertió la bella sangre del Redentor del mundo,
con iras que aumentaban su angustia más y más.

Vosotros habéis sido del llanto engendradores,
del llanto que á torrentes derrama la inocencia;
del verbo de la vida mancháis la pura esencia;
vosotros dirigisteis el brazo de Caín.

¿Quién logra vuestro instinto desviar de la injusticia?
¿Quién vuestras intenciones y vuestro impulso doma?
¡del fuego que Dios mismo vertió sobre Sodoma
las llamas no borraron vuestro hálito sin fin!

Vosotros sois las nubes que empañan los fulgores
que brillan en el cielo del corazón humano;
dais vida á odios mortales de hermano contra hermano,
formáis en la esperanza las sombras del pesar.
Vosotros en la tierra marcáis el rumbo acerbo
que sigue desolada la humanidad que llora;
vosotros sois la noche que nunca tiene aurora,
que hierve en feos monstruos que dañan sin cesar.

Las armas de los malos blandís contra los buenos,
ciudades y ciudades arruina vuestro encono,
y en vano las miradas, de Dios al sacro trono
dirigen los mortales pidiendo compasión.
De cólera implacable los rayos encendidos
vibráis inextinguibles, con lúbricos anhelos,

sembrando por el mundo los hondos desconsuelos,
oyendo de los siglos la horrenda maldición.

También, también vosotros al ver al noble Chile
las orlas desplegando del manto de la gloria,
bordado de laureles el timbre de su historia,
su frente coronada de suave resplandor,
bañasteis ¡ay! bañasteis con vuestro impuro aliento
las sienes maldecidas de un déspota insolente,
que loco y temerario, soberbio y leliacunte
jurando está su ruina con cínico furor.

Mas ¡ay! en esas horas terribles de martirio
que anuncian á los pueblos eclipses colosales,
Arauco la guerrera, sus hechos inmortales
recuerda, y se abalanza tremenda á batallar.
Cinismo y vilipendio, las hordas del tirano
demuestran furibundas de encono devoradas,
en tanto que las huestes de Chile denodadas
se mueven cual las ondas de borrascoso mar.

¡Oh patria de valientes, oh Chile soberano!
del hórrido combate se acerca ya la hora!
¡levanta, sí, levanta la diestra vengadora,
verás surgir la dicha del sacrificio en pos!
Defiendes con tu espada la prez de tus blasones
y anhelas ver sin mancha tu espléndido futuro:
¡camina, sí, camina! ¡las hordas del perjurio
ya tiemblan! ¡adelante! ¡contigo estará Dios!

XVIII

¡Oh Patria! sacrario de luz inefable
en donde los buenos encienden su ardor,
por ti al ciudadano se ve incontrastable
morir en tus aras, morir por tu amor.

¿Quién hay que á tus voces, por ti á la pelea
no corra impaciente con ansia febril,
y al ver tu estandarte que bélico ondea
no empuñe las armas con brazo viril?

El pecho del libre de horror se estremece
al ver que suspira tu audaz corazón,
y sólo el malvado tu nombre aborrece
y cubre tu rostro de negro crespón.

¡Oh Patria! ¡á tus hijos contemplan tus ojos
que van á estrellarse con loco furor!
los unos sostienen nefarios antojos,
defienden los otros tu vida y tu honor.

Los unos te hieren con ira, ominosos
blandiendo en tus aras sangriento puñal,
los otros aprestan el arma briosos
por ver sin mancilla tu prez inmortal.

Los unos intentan borrarte del mundo,
rasgar tus entrañas con ciego furor,
los otros, radiantes de ardor furibundo,
sin mancha desean mirar tu esplendor.

Hollar quieren unos tu frente gloriosa,
iniciuos labrando tu atroz porvenir,
los otros anhelan, por verte dichosa,
en rudo combate triunfar ó morir.

Cual plaga los unos de fieras rapaces
derraman doquiera tu sangre mejor,
con altas virtudes los otros tenaces
heroicos irradian grandeza y valor.

Odiosos los unos tu nombre envilecen
de oprobio cubriendo tu límpida faz,
los otros que te aman, tan sólo apetece
que brille en tus pueblos la oliva de paz.

¡Oh Patria, respira! ¡tus fieles legiones
tu Escuadra dirige con cívico ardor!
¡con sangre vengados serán los baldones
que aleve en tu seno vertió el opresor!

La luz te sonrío del bien mensajera,
tu espada invencible se mira brillar,
y flota á los aires tu hermosa bandera;
tus crueles angustias ya van á cesar.

Las viles cadenas que forja el tirano
tus hijos leales ya van á romper!
¡el sol de la gloria alumbre tu mano!
¡ya vas, dulce Patria, ya vas á vencer!

XIX

En tanto que la Escuadra sus huestes redentoras
impávida aproxima de firme á batallar,
del mísero perjuro las iras destructoras
los genios infernales aumentan sin cesar.

La sed de alevosías su pecho desenfrena,
frenético se agita de sangre en un raudal;
Lo Cañas patentiza su espíritu de hiena,
su vértigo iracundo, su instinto criminal.

¡La juventud ardiente de Chile asesinada!
¡Oh Dios! ¿Cómo pudiste mirar aquel horror
sin que en el mismo instante tu cólera sagrada
la vida no extinguiera del pérfido opresor?

Jamás, jamás pudieran los ecos de mi lira
pintar el cuadro horrible de bárbara crueldad;
aquel rencor sin nombre que su ruindad inspira,
aquel odio salvaje y atroz ferocidad.

El alma empedernida del pérfido malvado
del pueblo no atendía las voces de dolor,
de madres angustiadas el ¡ay! desesperado,
del padre los sollozos ni el fúnebre clamor.

En horas maldecidas las órdenes cumplieron
estúpidos sicarios, matando sin piedad
á niños indefensos, que heroicos perecieron
al cielo alzando el grito de patria y libertad.

El ángel que discierne las glorias del civismo
formóles con sus alas magnífico dosel,
y al ver de tanto mártir el sacro patriotismo
ornó sus puras frentes con su mejor laurel.

¡Espíritus sublimes, de honor immaculado!
¡oh manes generosos! mi pensamiento oíd:
ó Chile no es el Chile glorioso del pasado
ó logrará vengaros ó morirá en la lid.

Teatro ha sido América de crímenes fatales
que siempre de su historia los fastos mancharán;
mas ¡ay! como este crimen no cuentan sus anales
y acaso semejante sus ojos no verán,

¿Qué numen, Balmaceda, qué numen maldecido
con odio del infierno tu mente enloqueció,
que en furia vergonzosa te deja convertido,
en furia que á mi patria de lágrimas cubrió?

Mil siglos que vivieras en dura penitencia
no borrarías nunca tu crimen infernal:
tu juez y tu verdugo sería tu conciencia
si el alma no tuvieras nutrida para el mal.

Jamás en esta vida levantarás la frente
sin que las sombras veas de víctimas gemir,
y á toda voz honrada ¡salvaje delincuente!
escucharás en Chile tu nombre maldecir.

En brazos de tu culpa prosigue tu camino,
que el sol de la venganza bien pronto alumbrará.
¡Tal vez en el cadalso que aguarda al asesino
tu frente envilecida sangrienta rodará!

XX

Los aires hienda el eco de alegría,
¡oh Patria vigorosa! ¡oh Patria mía!
Ya la Escuadra llegó con sus legiones
del Norte vencedoras,
y de tu honor sagrado defensoras;
y bajan en Quintero,
salvando los peñascos y rompientes
como águilas audaces;

y á Concón se aproximan,
y el corazón subliman
del libre tremolando la bandera,
y cubren con sus armas relucientes
del veloz Aconcagua la ribera.

Canto las guía; el invencible Canto,
terror de la nefaria Dictadura,
que escrito por la mano de la gloria
en su frente inmortal lleva grabado
el lema de magnánimo soldado,
y reconcentra ¡oh Patria omnipotente!
su espíritu grandioso
todo el vigor de bravos capitanes
que en tu suelo brillaron,
y que en los fastos de la historia viven
ornados de guirnaldas y laureles
que en los marciales triunfos alcanzaron.

Todo reúne Canto en su grandeza:
valor, civismo y alma de gigante,
heroicidad sublime y altiveza;
la constancia, que ordena la victoria,
y del vigor chileno la entereza.
El con su noble espada refulgente
arrollará en el campo de la gloria
las turbas del tirano, que insolente

tu suelo avasalló, Patria querida,
y te dará tu libertad perdida.

¡Cómo hierve en su pecho la ardentía
al divisar las hordas del malvado
que á detenerle el paso se dirigen
arrogantes, creyendo en su porfía
que ha de vencer la odiosa tiranía!
«¡Oh chilenos, volad! dijo á sus tropas.
¡Acometed impávidos y briosos,
y verted vuestra sangre generosos
hasta lograr el triunfo apetecido
y llegar á Santiago victoriosos!
¿No los veis? ¿no los veis? son los sicarios
que domeñar vuestra bravura intentan
y vuestro ardor tremendo desaffian,
y en sus fuerzas innúmeras confían.
El Dios de las batallas
con vosotros está. ¡Sús! ¡compañeros!
¡vencedores salid en el combate
ó dejad vuestra vida en el embate!»
Dijo, y tronando de coraje vuela
al frente de sus inclitos guerreros.
Körner lo sigue; ¡el impetuoso Körner!
¡el hijo egregio de alemana tierra!
Brilla la espada en su potente mano,
y como el sol en el cenit deslumbra
y al mundo baña con su luz radiante,
así también su poderosa mente

ilumina las huestes con su gloria
y con Canto prepara la victoria.

Sonó la hora de mortal venganza,
y como enjambre volador de fieras
se precipitan en Concón las huestes
á exterminar las hordas del tirano;
y da principio la tremenda lucha
que los ojos de América espantados
contemplan con horror. Sólo se escucha
del tronante cañón el estampido
y el fragor de las bombas pavoroso
que ensordecen el viento,
y las balas silbando
avivan el furor y el ardimiento
de uno y otro bando;
y cruza por el aire la metralla
como lluvia en las horas de tormenta,
y sigue la batalla
de momento á momento más violenta.
El Aconcagua mira su corriente
en sangre convertida,
y rueda de cadáveres cubierto,
y los arroja al mar estremecido,
y de su seno lanza hondo quejido.
Canto redobla entonces su energía,
y de Körner el genio resplandece
en la lucha porfiada;
y vencidas las hordas del perjuro

ceden al fin, y en fuga procelosa
huyen amedrentadas por doquiera,
mientras las huestes de la patria hermosa
en el oceano y en Concón triunfantes,
desplegan sus banderas arrogantes.

¡Ah! El tirano al vislumbrar la suerte
que guarda el cielo á su maldad sin nombre,
intenta resistir en su agonía
y nuevas hordas afanoso envía
al campo del horror y de la muerte,
sin comprender que su fatal destino
marcado fué por la divina mano
del Padre soberano.

Al sitio de su ruina ávido vuela,
y al contemplar el formidable estrago
que la tropa de Canto hizo en sus turbas,
indecible terror su frente hiela,
y abrumado de horror vuelve á Santiago.

A sus parciales engañoso inflama,
y chusmas aglomera,
para ser vencedor y no vencido
en la lid postrimera.

¡No de otro modo Satanás caído,
reunía sus hordas infernales
para afrontar las iras celestiales!

Las huestes victoriosas, entretanto,
extendidas en línea de batalla

en la Placilla elevan sus pendones,
ansiosas de volar á la pelea
y arrollar nuevamente la librea
del mísero tirano,
que rencorosa ondea
entre ásperas gargantas
erizadas de fuertes y bastiones;
pero el glorioso, incontrastable Canto
á la lid se abalanza,
y sigue la matanza
en las salvajes hordas del perjuro;
y de aquella feroz carnicería
no se descubre el fin. Todos embisten
sedientos de venganza,
y ciegos se destrozan y se hieren.
¡Todos chilenos son! todos se baten,
y violentos se estrellan,
y furibundos todos se atropellan;
y crece y crece el ruido de las armas
y el estruendo espantoso
del bronce pavoroso;
y voces, y lamentos y quejidos
se escuchan confundidos,
que lanzan los feroces combatientes,
encarnizados y de rabia hirvientes;
pero ya ante el empuje irresistible
de las huestes heroicas de la Patria,
las hordas del perjuro
comienzan á cejar, y alborozado

en el Alto del Puerto
el aire forma divinal concierto,
y dondequiera que la voz levanta,
de Montt, de Canto y Körner
entusiasmado la victoria canta.

¡Salud, Chile ardoroso!
¡tuya es la gloria de este triunfo hermoso!
Ya tus cohortes fieles,
que en la Escuadra vinieron
coronaron tu frente de laureles;
y las hordas infestas del tirano,
que tu sagrado nombre mancillaban,
al golpe de tu espada sucumbieron,
ó se esconden ó vagan sin destino
arrastrando tus justas maldiciones.
Ya no verás á la maldad triunfante
ni al delito arrogante
befar á la virtud. Ya los malvados
no sembrarán la destrucción y muerte
en tu faz sacrosanta. La justicia
derramará en tu suelo
esa luz que Dios mismo desde el cielo
vierte en el corazón de las naciones,
y en el mundo ilumina las acciones
que el bien prodigan á la estirpe humana.

Ya no verás el templo de tus leyes
desplomarse y caer pedazos hecho,

y violada la fe republicana.
Ya no verás al torpe servilismo,
del perjuro á los pies arrodillado,
ahogar la voz del santo patriotismo.

Nunca jamás en el oprobio hundida
vuelvas á ver tu libertad perdida,
¡oh Patria generosa! respirando
de vil esclavitud el aire impuro.
¡Huya á perderse en el abismo oscuro
el monstruo asolador de la anarquía,
que todo lo destruye en su porfía,
que con ansia voraz todo lo amaga
y que la antorcha á la razón apaga!

¡Oh! ponte de rodillas, dulce Patria,
y bendice al Señor. Él la victoria
te concedió con su poder divino,
y justo y soberano
humilló la soberbia del tirano
que, al mancillar tu frente inmaculada,
provocaba tu cólera sagrada.

Vive feliz y estalle tu alegría,
porque después de la tormenta grave
de negra desventura en noche infanda
ha amanecido de la paz el día.

Vive feliz ¡oh Patria!
y un monumento eleva
que eternice los nombres y la gloria
de aquellos que á tus voces acudieron
y que la vida por tu honor rindieron.

XXI

¡Oh Patria! ¡Patria mía! ¡la frente majestuosa
levanta, y que resuene tu cántico triunfal!
Saluda á los valientes, feliz y esplendorosa,
que heroicos te cubrieron de gloria colosal.

Inunde el alborozo los bosques y los llanos,
los pueblos, las ciudades y la anchurosa mar;
y escucha por doquiera de libres ciudadanos
acentos que ¡victoria! repitan sin cesar.

¿No ves cómo palpitan los altos corazones,
de Montt, de Canto y Körner, el nombre al bendecir?
¿no miras cómo aplauden también á tus legiones
con vivas que mi plectro no alcanza á traducir?

Son ellos los que un día te vieron ultrajada
sufriendo la coyunda de un pérfido opresor,
y por tu honor al punto, la vengadora espada
enérgicos blandieron gritando ¡redención!

Son ellos los que al Norte, alígeros volaron
para librarle ¡oh Patria! de horrenda esclavitud;
y en medio del peligro la vida despreciaron
en horas que eran siglos de bárbara inquietud;

Son ellos los que al grito del noble patriotismo
bordaron de guirnaldas el bello tricolor,
y en intuición sublime de espléndido civismo
ardieron como rayos de un sol abrasador.

Son ellos los que hicieron el formidable estrago
en las nefarias turbas del pérfido traidor,
y que de triunfo en triunfo llegaron á Santiago
en alas de la gloria y en brazos del honor.

¡Oh Patria, Patria mía! sus ardorosas frentes
los vencedores miren cubiertas de laurel:
tu cielo se corone de luces refulgentes
y forme á tus guerreros purísimo dosel.

¡Oh Patria, ya eres libre! retumbe por la esfera
el eco jubiloso de tu gigante voz!
¡Cayó el perjuro alevé! ¡cayó, cayó la fiera
que alegre se mofaba de tu agonía atroz!

¡Oh Patria, ya eres libre! levanta la cabeza!
¡tu nombre en las edades sin mancha se verá!
¡Llor á tus valientes! ¡La prez de tu grandeza
el mundo justiciero también exaltará!

XXII

Viva ¡oh Patria! tu honor sacrosanto
como vive el aroma en la flor,
cual la nota inocente del canto
con que el niño bendice al Señor.

De la guerra civil los horrores
nunca vuelvan tus ojos á ver;
de la gloria los bellos fulgores
pueda siempre tu faz esplender.

De guirnaldas y lauros ceñida
te contemple una edad y otra edad,
no con sangre de hermanos teñida
ni cubierta de triste orfandad.

Con tu espada invencible y fulgente,
llena el alma de heroico valor,
humillaste la mísera frente
del inicuo y soberbio opresor.

La victoria tu rostro ilumina,
ves al mundo tu fama exaltar,
del progreso á la cumbre camina;
tu blasón se vé puro brillar.

¡De tus hijos irradia en los pechos
los encantos del alma virtud!
las naciones que admiran tus hechos
te dirán al nombrarte: ¡salud!

Tu bravura en el campo sangriento
mostraste sagrado furor,
de los malos que sea escarmiento,
de los buenos un timbre de honor.

Libertad, libertad sacrosanta
tu esplendor y tu vida afianzó,
y con luces de gloria abriga
las grandezas que el cielo te dió.

Apagado el rencor fratricida,
extinguida la voz del cañón,
majestuosa á tus hijos convida
al trabajo, á la paz, á la unión.

El pasado te vió esplendorosa
siempre armada de ardor colosal,
y hoy sonríes feliz y grandiosa,
ya depuesto tu enojo mortal.

De tu brazo la justa venganza
que arrancó de tu seno el baldón,
como nuncio de eterna bonanza
que serene tu fiel corazón.

Si un momento tu sien adormida
un perjuro alevoso dañó,
tú lavaste con sangre la herida,
nuevos timbres tu prez consiguió.

¡Es tu historia la historia más bella
en el mundo debido á Colón!
¿quién el lustre alcanzó de la estrella
que se mira en tu noble pendón?

Cuando exige el honor valentía
¿quién tu diestra ha mirado temblar?
¿quién tu empuje veloz y energía
ha podido jamás dominar?

Cual el cóndor que encumbra su vuelo
y se cierne en la aérea región,
al sublime ideal de tu anhelo
llega en alas de noble ambición.

Ya miraste ¡oh mi Patria querida!
á tus pies arrollado al traidor:
¡fué su fin el de triste suicida!...
¡Oh!... ¡silencio! ¡silencio!... ¡qué horror!...

Que la América ahora te vea
en su tumba tener compasión,
y en el mundo su muerte que sea
de tiranos horrenda lección.

¡Vibre, oh Patria, tu acento, y pregona
en tus pueblos amor fraternal!
¡á tus hijos ingratos perdona!
¡no más llanto ni duelo mortal!

Del futuro que el ángel te mire
convertida del mundo en Edén,
y la esencia magnífica aspire
de las flores que adornan tu sien.

Como ahora feliz reverbera
siempre brille tu prez inmortal,
y no agite tu sacra bandera
en los siglos el austro del mal.

¡Salve, oh Patria! ¡El destino radioso
tu alba frente corone de bien!
¡Salve, oh Patria! ¡santuario grandioso
de heroísmo y de gloria también!

¡Salve, salve, resuene en el viento
y del mar en el ronco fragor!
¡Salve, oh Patria, repita mi acento
que un poema consagra á tu amor!

FIN

